
SEMEJANZAS Y ANALOGÍAS.

Durante los primeros días, recientes como tenía las lecturas orientales, hallaba en todas partes personajes famosos de la historia y de la leyenda; y la figura que me los recordaba, se parecía algunas veces tan fielmente á la que me había representado en la imaginacion, que me veía obligado á detenerme para contemplarla.

En cuántas ocasiones he cogido por el brazo á mi amigo, y señalándole una persona que pasaba, le decia:—¡Es él! ¡Vive Dios! ¡No lo reconoces?

En la plazoleta de la Sultana Validé, he visto muchas veces al turco gigante que desde los muros de Nicea, echaba los ladrillos sobre las cabezas de los soldados de Bullon; reconocí delante de una mezquita á Umu-Chiemil, la vieja de la Meca, que arrancaba las ortigas delante de la casa de Mahoma; he encontrado en el bazar de los libros, con un volúmen bajo el brazo, á Digiemal-Eddin, el gran docto de Brussa, que sabia de memoria todo el diccionario árabe; he pasado al lado de Aiscié, la esposa predilecta del Profeta, que clavó en mi cara sus ojos, lucientes y húmedos

como la estrella en el pozo; he contemplado en el At-Meidan la famosa belleza de la pobre griega, muerta al pié de la columna serpentina por una bala de los cañones de Orban; me he tropezado cara á cara, á la vuelta de una callejuela del Fanar, con Kara-Abderraman, el más bello jóven turco de los tiempos de Orkan; he reconocido á Coswa, la camella de Mahoma; he hallado á *Karabulut*, el caballo negro de Selím; he visto al pobre poeta, Figani, condenado á pasear por Stambul atado á un asno, por haber herido con un dístico insolente al Gran Visir de Ibrahim; he encontrado en un café á Soliman el Gordo, el almirante monstruoso que cuatro esclavos robustos podian apenas levantar del divan; á Alí, el Gran Visir, que no encontró en toda Arabia un caballo que le sostuviera; á Mahmud-Bajá, el Hércules feroz que destrozó al hijo de Soliman, y al estúpido Amed II, que repetia continuamente:— ¡Kosc, kosc!— ¡Vá bien, vá bien!—acurrucado ante la puerta del bazar de los coperos, junto á la plaza de Bayaceto.

Todos los personajes de *Las mil y una noches*, los Aladinos, las Zobeidas, los Sindbad, las Gulnaras, los viejos mercaderes judíos poseedores de los tapices hechizados y de las lámparas maravillosas, desfilaban ante mí como una procesion de fantasmas.

LA MANERA DE VESTIR.

Este es verdaderamente el período de tiempo mejor para ver la poblacion musulmana de Constantinopla, porque en el siglo pasado era demasiado uniforme y será probablemente más uniforme en el siglo venidero.

Ahora se coje aquel pueblo en el acto de su trasformacion y por esto presenta una variedad maravillosa. El progreso de los reformadores, la resistencia de los viejos turcos y la incertidumbre y transicion de la gran masa que ondea entre ambos extremos: ¡toda la fase, en suma, de la lucha entre la nueva y la vieja Turquía, están fielmente representadas por la variedad de los trajes!

El viejo turco, inflexible, lleva todavía el turbante, el caftan y el calzado tradicional de taflete amarillo; y los más obstinados entre los viejos, un turbante voluminoso.

El turco reformado usa una amplia levita ne-

gra abrochada bajo la barba, y pantalones oscuros con sus franjas, no conservando de turco más que el fez.

Conviene notar, empero, que los jóvenes más atrevidos se desabrochan ya la ancha levita negra, llevan chaleco abierto, calzones claros, corbata elegante, joyas, baston y flores en el ojal. Entre aquellos y éstos, entre el que lleva caftan (1) y el que usa levita, média un abismo; nada entre ellos hay de comun más que el nombre: son dos pueblos enteramente distintos.

El turco de turbante cree todavía, firmemente, que el puente Sirath pasa sobre el infierno, más sutil que un cabello y más afilado que una cimitarra; hace sus abluciones á la hora debida, y se retira al ponerse el sol. El turco de levita se rie del Profeta, se hace fotografiar, habla francés y pasa la noche en el teatro. Entre uno y otro, vienen los que titubean, de los cuales, algunos gastan todavía el turbante, pero pequeñísimo, de modo que podrían sustituirlo por el fez sin escándalo; otros llevan todavía el caftan, pero han inaugurado ya el fez; otros visten aún á la antigua, pero no llevan ni cinturon, ni babuchas, ni colores vistosos, y poco á poco iran cambiando el resto.

(1) Túnica ó ropon. El caftan es prenda de amistad que regalan los monarcas orientales.

Las mujeres, entretanto, conservan todas el antiguo velo y el manto que oculta las formas; pero el velo se ha hecho trasparente y deja entrever el sombrerillo con plumas, y el manto cubre un vestido cortado segun el último figurin llegado de París.

Cada año caen millares de caftanes y surgen millares de levitas; cada dia muere un viejo turco y nace un turco *reformado*. El periódico sucede al *tespi*; el cigarro, á la *chibuka* (1); el vino, á los cocimientos; la carretela, al *arabá*; la gramática francesa, á la gramática árabe; el piano, al *timbur* ó *timbal*; la casa de piedra, á la casa de madera.

Todo se altera, todo se trasforma.

Tal vez antes de un siglo, será preciso ir á buscar los restos de la antigua Turquía en el fondo de las más lejanas provincias del Asia Menor, como se vá á buscar los de la vieja España en los más remotos pueblos de Andalucía.

(1) Pipa oriental de larguísimo tubo.